

y, sin embargo, no hizo más que aparecer en esta orilla tan fatalmente como Moreau, a quien se ha creído consagrado a los Borbones. Moreau, en lo íntimo de su alma, estaba consagrado a la libertad; y, al tener la desgracia de asociarse a la coalición, sólo se trataba a sus ojos de combatir el despotismo de Bonaparte. Luis XVIII decía al señor de Montmorency, que deploraba la muerte de Moreau como una gran pérdida para la monarquía: «No tan grande: Moreau era republicano.» Este general no volvió a Europa sino para tropezar con la bala sobre la que el dedo de Dios había grabado su nombre.

Moreau me recuerda otro ilustre capitán, Massena. Marchaba al ejército de Italia, y pidió a la señora Recamier una cinta blanca de su adorno. Un día recibió ella este billete de letra de Massena:

«La preciosa cinta dada por la señora Recamier ha sido llevada por el general Massena en la batalla y en el bloqueo de Génova; jamás se ha separado del general, y la victoria le ha favorecido constantemente.»

MUERTE DE NECKER. — REGRESO DE MADAMA STAEL. — LA SEÑORA RECAMIER EN COPPET. — EL PRÍNCIPE AUGUSTO DE PRUSIA. — SEGUNDO VIAJE DE MADAMA DE STAEL A ALEMANIA. — PALACIO DE CHAUMONT. — CARTA DE MADAMA DE STAEL A BONAPARTE. — LA SEÑORA DE RECAMIER Y EL SEÑOR MATEO DE MONTMORENCY DESTERRADOS. — LA SEÑORA DE RECAMIER EN LYÓN. — LA SEÑORA DE CHEVREUSE. — PRISIONEROS ESPAÑOLES.

Madama de Staël supo en Berlín la enfermedad de su padre, y se apresuró a regresar; pero el señor Necker había muerto antes de que llegase a Suiza.

Por este tiempo tuvo lugar la ruina de la señora Recamier: madama de Staël se enteró de este desgraciado suceso, y escribió al momento a su amiga la señora Recamier:

«Ginebra, 17 de noviembre.

»¡Ay, querida Julieta! ¡Qué dolor me ha causado la terrible noticia que recibo! ¡Cuánto maldigo el destierro que me impide estar a su lado, y estrecharla contra mi corazón! Usted ha perdido todo lo que contribuye a la felicidad y a la

dulzura de la vida; pero si fuera posible ser más amada y más interesante de lo que usted era antes, eso sería lo que le habría sucedido. Voy a escribir al señor Recamier, a quien compadezco y venero. Pero, dígame, ¿sería un sueño verla aquí este invierno? Si usted quisiera, podría pasar aquí tres meses en un círculo estrecho, en el que sería cuidada con pasión: pero en París también inspiraba usted ese mismo sentimiento. En fin, a lo menos a Lyon, hasta donde mis *cuarenta leguas* alcanzan, iré para verla, para abrazarla para decirle que he sentido hacia usted más ternura que hacia ninguna otra mujer. Nada sé decirle para consolarla, sino que será amada y considerada más que nunca, y que los admirables rasgos de su generosidad y de su beneficencia serán conocidos a pesar suyo con esta desgracia como nunca lo habrían sido sin ella. Seguramente, comparando su situación con lo que era, ha perdido; pero si me fuera posible envidiar lo que amo, daría gustosa todo cuanto soy por ser lo que usted. Belleza sin igual en Europa, reputación sin mancha, carácter altivo y generoso: ¡cuánta felicidad todavía en esta triste vida, por la que uno camina tan despojado! Querida Julieta, usted es quien me hará volver a París, puesto que será siempre una persona omnipotente, y nos veremos todos los días; y como es usted más joven que yo, me cerrará los ojos, y mis hijos serán sus amigos. Mi hija ha llorado esta mañana por usted y por mí. Querida Julieta, ese lujo que la rodeaba, nosotros lo hemos disfrutado: su fortuna ha sido la nuestra, y me considero arruinada porque no es usted ya rica. Créame, queda felicidad cuando no se ha hecho amar así.

»Benjamín desea escribirla, y está muy conmovido. Mateo de Montmorency me escribe acerca de usted una carta muy tierna. Querida amiga, que su corazón se conserve sereno en medio de tantos dolores. ¡Ay! Ni la muerte, ni la indiferencia de sus amigos la amenazan, y éstas son las heridas eternas. ¡Adiós, querido ángel, adiós! Beso respetuosamente su rostro encantador...»

Esparciose un nuevo interés sobre la señora Recamier: ésta abandonó la sociedad sin quejarse, y pareció nacida para la soledad tanto como para el mundo. Quedáronle sus amigos, «y esta vez — ha dicho el señor Ballanche —, sólo la fortuna se retiró.»

Madama de Staël atrajo a su amiga a Coppet. El príncipe Augusto de Prusia, que había sido hecho prisionero en la batalla de Eylau, pasó por Ginebra, dirigiéndose a Italia, y se enamoró de la señora Recamier. La vida íntima y particular perteneciente a cada hombre, proseguía su curso bajo la vida general, el ensañamiento de las batallas y la transformación de los imperios. El rico, al despertar, divisa sus dorados artesanos; el pobre, sus vigas ahumadas: para iluminarlos no hay más que un mismo rayo de sol.

El príncipe Augusto, creyendo que la señora Recamier consentiría en el divorcio, le propuso casarse con ella. Queda un monumento de esa pasión en el cuadro de Corina que el príncipe obtuvo de Gerard y que regaló a la señora Recamier como recuerdo imperecedero del sentimiento que ésta le había inspirado, y de la amistad íntima que unía a Corina y a Julieta.

Pasó el verano entre fiestas: el mundo estaba trastornado; pero sucede que el ruido de las catástrofes públicas, mezclándose a los placeres de la juventud, redobla su encanto entregándose uno con tanta mayor viveza a los goces, cuanto más próximo le parece estar de perderlos.

La señora de Genlis compuso una novela sobre el amor del príncipe Augusto. Un día la encontré en el fuego de la composición: vivía en el arsenal, en medio de libros llenos de polvo, en una habitación obscura. No aguardaba a nadie: estaba vestida con un traje negro; sus blancos cabellos le ocultaban el rostro; tenía un arpa entre sus rodillas, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Recostada en las cuerdas del instrumento, paseaba sus manos pálidas y descarnadas por el sonoro enrejado, del que sacaba sonidos débiles, parecidos a las voces lejanas e indefinibles de la muerte. ¿Qué cantaba la antigua Sibila? Cantaba a la señora Recamier. Al principio la había aborrecido, pero al fin se sintió vencida por la belleza y la desgracia. La señora de Genlis acababa de escribir la siguiente página acerca de la señora Recamier, a quien daba el nombre de Atenaida.

«El príncipe entró en el salón conducido por madama de Staël. De pronto se entreabre la puerta, y se adelanta Atenaida. El príncipe no pudo menos de reconocerla en la elegancia de su cuerpo y en el brillo deslumbrador de su sem-

blante; pero se había formado de ella una idea del todo diferente: se había representado a aquella mujer tan célebre por su belleza, orgullosa con sus triunfos, con altivo continente y con esa especie de confianza que infunde con harta frecuencia este género de celebridad, y veía, por el contrario, a una joven tímida que se adelantaba con turbación y se sonrojaba al presentarse. El sentimiento más dulce se unió a su sorpresa.

»Después de comer no salieron, a causa del excesivo calor, y bajaron a la galería para tener un rato de música hasta la hora de pasear. Después de varios acordes brillantes y de armoniosos sonidos de una dulzura encantadora, cantó Atenaida acompañándose con el arpa. El príncipe la escuchó embelesado, y cuando terminó, la miró con una turbación indecible, exclamando: «¡También habilidades!»

Madama de Staël, en la plenitud de su vida, amaba a la señora Recamier; la señora de Genlis, en su ancianidad, encontraba para ella los acentos de su juventud: la autora de la *Señorita de Clermont* colocaba la escena de su novela en Coppet, en casa de la autora de Corina, rival a quien detestaba: esto era maravilloso. Otra maravilla es verme escribir estos pormenores. Estoy repasando cartas que me recuerdan tiempos en que yo vivía solitario y desconocido. Hubo felicidad sin mí en las riberas de Coppet, que no he visto después sin cierto impulso de envidia. Las cosas que huyeron de mí en la tierra y que echo de menos, me matarían si no estuviera al borde del sepulcro; pero próximo al olvido eterno, verdades y sueños son igualmente vanos: al término de la vida todo es día perdido.

Madama de Staël partió segunda vez para Alemania. Aquí empieza una nueva serie de cartas a la señora Recamier, quizá todavía más interesantes que las primeras.

Nada hay en las obras impresas de madama de Staël que se acerque a aquella naturalidad y elocuencia en que la imaginación presta su expresión a los sentimientos. Grande debía ser la virtud de la amistad de la señora de Recamier, cuando supo hacer producir a una mujer de genio lo que había oculto y no revelado aún en su talento. Por otra parte, se adivina en el acento triste de madama

de Staël un secreto pesar, de que sólo la belleza debía naturalmente ser el confidente, porque sólo ella no recibe semejantes heridas.

Al regresar madama de Staël a Francia en la primavera de 1810, fué a habitar el palacio de Chaumont en las orillas del Loira, a cuarenta leguas de París, distancia señalada por el radio de su destierro. La señora Recamier fué a reunirse con ella en aquella morada.

Madama de Staël cuidaba entonces de la impresión de su obra sobre Alemania, y cuando estuvo a punto de publicarse, la envió a Napoleón con esta carta:

«Señor: Me tomo la libertad de presentar a V. M. mi obra sobre Alemania. Si se digna leerla, me parece que encontrará en ella la prueba de un talento capaz de alguna reflexión, y que el tiempo ha madurado. Señor, hace doce años que no he visto a V. M. y que estoy desterrada. Doce años de desgracias modifican todos los caracteres, y el destino enseña la resignación a los que sufren. Decidida a embarcarme, suplico a V. M. me conceda media hora de audiencia. Creo poderle decir cosas que le interesen, y bajo este título le ruego me conceda el favor de hablarle antes de mi marcha. Sólo me permitiré una cosa en esta carta, y es la explicación de las razones que me obligan a abandonar el continente, si no obtengo de V. M. el permiso de vivir en un sitio bastante cerca de París para que mis hijos puedan vivir en la capital. El caer en desgracia cerca de V. M. espere sobre las personas que son objeto de ella tal disfavor en Europa, que no puedo dar un paso sin notar sus efectos. Los unos temen comprometerse al verme; los otros se creen romanos en triunfar de ese temor. Las más sencillas relaciones de la sociedad se convierten en servicios que un alma altiva no puede soportar. Entre mis amigos hay algunos que se han asociado a mi suerte con una generosidad admirable; pero he visto romperse los sentimientos más íntimos contra la necesidad de vivir conmigo en la soledad, y he pasado mi vida hace ocho años entre el temor de no obtener sacrificios y el pesar de ser objeto de ellos. Tal vez sea una ridiculez entrar así en el pormenor de las impresiones propias con el soberano del mundo; pero lo que os ha otorgado el mundo, señor, es un genio soberano. Y en punto a observación so-

bre el corazón humano, V. M. comprende desde los resortes más grandes hasta los más sensibles. Mis hijos no tienen carrera; mi hija cuenta trece años, y dentro de poco será preciso establecerla; sería egoísmo obligarla a vivir en las insípidas moradas a que estoy condenada. Sería preciso, pues, separarme de ella también. Esta vida no es tolerable, y no sé encontrar remedio ninguno a ella en el continente. ¿Qué ciudad puedo elegir donde la desgracia de V. M. no ponga un obstáculo invencible al establecimiento de mis hijos y a mi tranquilidad personal? V. M. mismo ignora quizá el miedo que los desterrados infunden a la mayor parte de las autoridades de todos los países, y podría referirle cosas sobre este particular que sin duda sobrepujan a lo que V. M. tiene mandado. Han dicho a V. M. que yo echaba de menos a París a causa del Museo y de Talma: esto no deja de ser una amena chanza sobre el destierro; es decir, sobre la desgracia que Cicerón y Bolimbroke han declarado ser la mayor de todas; pero aunque yo amase las obras maestras de las artes que debe Francia a las conquistas de V. M.; aun cuando amara esas hermosas tragedias, imágenes del heroísmo, ¿podríaís vos vituperarme por ello? La felicidad de cada individuo, ¿no se compone de la naturaleza de sus facultades? Y si el Cielo me ha concedido talento, ¿no tengo la imaginación que hace necesarios los goces de las artes y del ánimo? ¡Tantas personas piden a V. M. ventajas positivas de toda clase! ¿Por qué me he de avergonzar yo de pedirle la amistad, la poesía, la música, los cuadros, toda esa existencia ideal de que puedo gozar sin separarme de la sumisión al soberano de Francia?»

Esta carta, no conocida, merecía ser conservada. Madama de Staël no era, como se ha pretendido, una enemiga ciega e implacable. Pero no fué más escuchada que yo cuando tuve que dirigirme también a Napoleón para pedirle la vida de mi primo Armando. Alejandro y César se habrían conmovido con una carta en tono tan digno, escrita por una mujer tan célebre; pero la confianza del mérito que, juzgándose, se iguala a la dominación suprema, esa especie de familiaridad del talento que se coloca al nivel del amo de Europa para tratar con él de corona a corona, no parecieron otra cosa a Bonaparte que la arrogancia de un

amor propio desmedido. Se creía desafiado por todo lo que tenía alguna grandeza independiente; la bajeza le parecía fidelidad, la altivez rebelión; ignoraba que la verdadera inteligencia no reconoce Napoleones más que en el genio, y que tiene su entrada en los palacios como en los templos, porque es inmortal.

Madama de Staël abandonó a Chaumont, volviendo a Coppet, la señora Recamier se apresuró de nuevo a ir a acompañarla; el señor Mateo de Montmorency le permaneció igualmente fiel. Ambos fueron castigados con la misma pena que iban a consolar; también les fueron impuestas las cuarenta leguas de distancia de París.

La señora Recamier se retiró a Châlons-sur-Marne, decidiendo su elección la proximidad de Montmirail, que habitaban los señores de la Rochefoucauld-Doudeauville.

Mil particularidades de la opresión del emperador se han perdido en la tiranía general: los perseguidos temían ver a sus amigos por temor de comprometerlos; sus amigos no se atrevían a visitarlos por miedo de acarrearles un aumento de rigor. El desgraciado proscrito, convertido en apestado y apartado del género humano, permanecía en cuarentena en el odio del déspota. Bien recibido uno en tanto que se ignorase su independencia de opinión, tan pronto como ésta era conocida, todo se retiraba y no quedaban a su alrededor sino autoridades que espían sus relaciones, sus sentimientos, su correspondencia, sus pasos: tales eran aquellos tiempos de ventura y de libertad.

Al escribir madama de Staël a su amiga que no deseaba verla por temor del mal que de esto le pudiera sobrevenir, no lo decía todo: se había casado en secreto con el señor de Rocca, de lo que resultaba una posición embarazosa que aprovechaba la policía imperial. La señora Recamier, a quien madama de Staël creía deber ocultar sus nuevos cuidados, se sorprendía, con razón, de la obstinación que ésta ponía en cerrarle su palacio de Coppet: lastimada por la resistencia de madama de Staël, a quien se había sacrificado ya, no por eso persistió menos en su resolución de reunirse con ella.

Todas las cartas que habrían debido retenerla, no sirvieron más que para confirmarla en su designio. Partió, al fin, y recibió en Dijón este billete fatal:

«Le digo adiós, querido ángel de mi vida, con toda la ternura de mi corazón. Le recomiendo a Augusto: que le vea y que me vuelva a ver. Es usted una criatura celestial. Si hubiese vivido a su lado, habría sido demasiado dichosa: me veo arrastrada por el destino. Adiós.»

Madama de Staël no debía ya volver a ver a Julieta sino para morir. La carta de madama de Staël hirió como un rayo a la viajera: huir súbitamente, marcharse antes de estrechar en sus brazos a la que acudía solícita a arrojarle en sus adversidades, ¿no era de parte de madama de Staël una resolución cruel? Le parecía a la señora Recamier que la amistad hubiera podido verse menos arrastrada por el destino.

Madama de Staël fué a Inglaterra, atravesando Alemania y Suecia. El poder de Bonaparte era otro mar que separaba a Albión de Europa, como el Océano la separa del mundo.

Habiendo quedado sola, y llena de pesar, la señora Recamier buscó desde luego en Lyon un primer asilo: allí encontró a la señora de Chevreuse, otra desterrada. La señora de Chevreuse se vió obligada por el emperador, y después por su propia familia, a entrar en la nueva sociedad. Apenas se hallará un nombre histórico que no consienta en perder antes su honor que un bosque. Introducida la señora de Chevreuse en las Tullerías, creyó poder dominar en una corte que había salido de los campos: verdad es que esa corte trafaba de revestirse de los aires de otro tiempo, con la esperanza de cubrir su reciente origen; pero sus maneras plebeyas eran todavía demasiado rudas para recibir lecciones de la impertinencia aristocrática. En una revolución que dura y que dió su último paso, como, por ejemplo, en Roma el patriado, un siglo después de la caída de la república, se pudo resignar a no ser más que el Senado de los emperadores: lo pasado nada tenía que echar en cara a los emperadores del presente, toda vez que ese pasado había terminado; una mancha igual marcaba todas las existencias. Pero en Francia, los nobles que se transformaron en chambelanes se apresuraron demasiado: el imperio nacido de nuevo desapareció en ellos, y volvieron a encontrarse frente a frente con la antigua monarquía resucitada.

Atacada la señora de Chevreuse de una

enfermedad de pecho, solicitó, sin obtenerlo, pasar sus últimos días en París; no se muere cuándo y en dónde se quiere. Napoleón, que hacía tantos difuntos, no hubiera acabado con ellos si les hubiera dejado la elección de su sepulcro.

La señora Recamier no lograba olvidar sus propios pesares sino ocupándose en los ajenos; por la mediación caritativa de una hermana de la Misericordia visitaba secretamente en Lyon a los prisioneros españoles. Uno de ellos, valiente y gallardo, cristiano como el Cid, se encaminaba hacia la eternidad: sentada sobre la paja, tocaba una guitarra: su espada había engañado a su mano. Cuando veía a su bienhechora, le cantaba tonadas de su país, no teniendo otro medio de darle gracias. Su voz débil, y los sonidos confusos del instrumento, se perdían en el silencio de la prisión. Los compañeros del soldado, medio envueltos en sus capas destrozadas, y con sus cabellos negros caídos sobre sus rostros macilentos y bronceados, alzaban sus ojos orgullosos con la sangre castellana y humedecidos por el reconocimiento hacia la desterrada, que les recordaba una esposa, una hermana, una amante, y que sufría el yugo de la misma tiranía.

Murió el español, pudiendo decir como Zarviska, el joven y valeroso poeta polaco: «Una mano desconocida cerrará mis párpados; el tañido de una campana extranjera anunciará mi muerte, y voces que no serán las de mi patria rogarán por mí.»

Mateo de Montmorency fué a Lyon a visitar a la señora Recamier. En aquella época fué cuando conoció al señor Camilo Jordán y al señor Ballanche, dignos de aumentar el círculo de las amistades consagradas a su noble vida.

LA SEÑORA RECAMIER EN ROMA. — ALBANO. — CANOVA. — SUS CARTAS. — EL PESCADOR DE ALBANO. — LA SEÑORA RECAMIER EN NÁPOLES. — EL DUQUE DE ROHAN-CHABOT.

La señora Recamier era demasiado altiva para pedir que le levantaran el destierro. Fouché la había apremiado por mucho tiempo, aunque inútilmente, para que adornase la corte del emperador: pueden verse los pormenores de estas negociaciones de palacio en los escritos de la época. La señora Recamier se marchó a Italia, acompañándola el señor de

Montmorency hasta Chambery. Lo demás de los Alpes lo atravesó acompañada solamente por una sobrinita suya de siete años, que es hoy la señora de Lenormant.

Roma era entonces una ciudad de Francia, capital del departamento del Tíber. El santo padre gemía prisionero en Fontainebleau en el palacio de Francisco I.

Fouché, comisionado en Italia, mandaba en la ciudad de los Césares: lo mismo que el jefe de los eunucos negros en Atenas, no hizo más que pasar. Se puso al señor de Norvins en calidad de prefecto de policía: el movimiento estaba en otro punto de Europa.

Conquistada la ciudad eterna sin haber visto a su segundo Alarico, callaba sumida en sus ruinas. Sólo los artistas vivían en aquel hacinamiento de siglos. Canova recibió a la señora Recamier como una estatua griega que la Francia devolviese al museo del Vaticano; pontífice de las artes, la inauguró en los honores del Capitolio en Roma abandonada.

Canova tenía una casa en Albano, y la ofreció a la señora Recamier, la cual pasó allí el estío. El balcón de su cuarto era uno de esos balcones de pintor, que abarcan el paisaje. Daba a las ruinas de la quinta de Pompeyo: a lo lejos, y por encima de los olivos, se veía el sol ocultarse en el mar. Canova volvía a estas horas, y, conmovido por aquel sublime espectáculo, se complacía en cantar con un acento veneciano y una voz agradable, la barcarola *O pescator dell'onda*. La señora Recamier le acompañaba al piano. El autor de Psiquis y de la Magdalena se deleitaba con aquella armonía, y buscaba en las facciones de Julieta el tipo de la Beatriz que pensaba hacer más adelante. Roma había visto en otra época a Rafael y a Miguel Ángel coronar sus modelos en orgías poéticas, contadas harto libremente por Cellini: ¡cuán superior era a aquellas esta escena pura y decorosa, entre una mujer desterrada y aquel Canova tan sencillo y afable!

Más solitaria Roma que nunca, llevaba en aquel momento el luto de viuda, y ya no veía pasar, bendiciéndolos, aquellos pacíficos soberanos que rejuvenecían sus ancianos días con todas las maravillas de las artes. El ruido del mundo se había alejado nuevamente de ella. San Pedro estaba desierto como el Coliseo.

He leído las cartas elocuentes que es-

cribía a su amiga la mujer más ilustre de nuestros días pasados: leed los mismos sentimientos de ternura, expresados con la más encantadora sencillez, en la lengua de Petrarca, por el primer escultor de los tiempos modernos. No cometeré el sacrilegio de intentar traducirlos:

«Domenica mattina.

»Dio eterno! siamo vivi, o siamo morti? Io voglio esser vivo, almeno per scrivere; sì, lo vuole il mio cuore, anzi mi comanda assolutamente di farlo. Oh! se'l conoscete bene a fondo questo povero cuor mio, quanto, quanto mai ve ne persuadereste! Ma per disgrazia mia pare ch'egli sia alquanto all'oscuro per voi. Pazienza! Ditemi almeno come state di salute, si di più non volete dire; benché mi abbiate promesso di scrivere e di scrivermi dolce. Io davvero che avrei voluto vedervi personalmente in questi giorni, ma non vi poteva essere alcuna via di poterlo fare: anzi su di questo vi direi a voce delle cose curiose. Conviene dunque che mi contenti, a forza, di vidervi in spirito. In questo modo sempre mi siete presente, sempre vi veggo, sempre vi parlo, vi dico tanta, tante cose, ma tutte, tutte al vento, tutte! Pazienza anche di questo! gran fatto che la cosa abbia d'andare sempre in questo modo! voglio intanto però che siate certa, certissima che l'anima mia vi ama molto più assai di quello che mai possiate credere ed immaginare.»

La señora Recamier había socorrido a los prisioneros españoles en Lyon: otra víctima del mismo poder que le hería la colocó en el caso de ejercitar en Albano sus sentimientos compasivos: un pescador, acusado de estar en inteligencia con los súbditos del papa, había sido juzgado y sentenciado a muerte. Los habitantes de Albano suplicaron a la extranjera refugiada entre ellos que intercediese por aquel desgraciado. La condujeron a la cárcel; vió en ella al preso, y condolido de la desesperación de aquel hombre, prorrumpió en lágrimas. El infeliz le suplicó que acudiese en su auxilio; que intercediera por él; que le salvase: suplica tanto más desgarradora, cuanto que era imposible arrancarle al suplicio. Era ya de noche, y debía ser fusilado al amanecer.

No obstante, la señora Recamier, aun-

que persuadida de la inutilidad de sus esfuerzos, no vaciló. Lleváronle un carruaje, y subió en él sin la esperanza que dejaba al sentenciado. Atravesó los campos infestados de bandidos; llegó a Roma, y no encontró al director de policía. Aguardó dos horas en el palacio de Fiano, contando los minutos de una vida, de la que se acercaba el último. Cuando llegó el señor de Norvins expuso el objeto de su viaje, y aquél le contestó que estaba dictada la sentencia, y no tenía las facultades necesarias para hacerla suspender.

La señora Recamier volvió con el corazón traspasado: el preso había dejado de existir cuando ella llegó a Albano. Los habitantes aguardaban a la francesa en el camino, y, al reconocerla, se acercaron a ella. El sacerdote que había asistido al reo le venía a manifestar los últimos deseos de éste. Daba gracias a la dama que no había cesado de buscar con sus ojos al dirigirse al lugar de la ejecución; recomendábale que orase por él, porque para un cristiano no ha acabado todo, ni está libre de temor por haber dejado de existir. La señora Recamier fué conducida por el eclesiástico a la iglesia, siendo seguida por la multitud de hermosas aldeanas de Albano. El pescador había sido fusilado a la hora en que la aurora empezaba a iluminar la barca, ya sin guía, que él tenía costumbre de conducir sobre los mares y a las riberas que solía recorrer.

Para disgustarse de los conquistadores sería necesario saber todos los males que causan; sería preciso ser testigo de la indiferencia con que se les sacrifica las criaturas más inofensivas en un rincón del globo, donde jamás pusieron el pie. ¿Qué importaban a los triunfos de Bonaparte los días de un pobre pescador de los Estados Romanos? Indudablemente nunca habrá sabido que existiera ese miserable pescador, y en el estrépito de su lucha con los reyes habrá ignorado hasta el nombre de su víctima plebeya.

El mundo no distingue en Napoleón sino victorias: las lágrimas donde se cimentaron las columnas triunfales no caen de sus ojos. Y yo creo que de esos sufrimientos despreciados, de esas calamidades de los humildes y pequeños se forman, en los consejos de la Providencia, las causas misteriosas que precipitan desde lo alto al dominador. Cuando se acumulan las injusticias particulares de modo que vencen el peso de la for-

tuna, el nivel descende. Hay sangre mu- da y sangre que grita: la sangre de los campos de batalla la bebe en silencio la tierra: la sangre pacífica derramada salta gimiendo hacia el cielo. Dios la recibe y la vengas: Napoleón mató al pescador de Albano: algunos meses después se halla- ba desterrado entre los pescadores de la isla de Elba, y ha muerto entre los de Santa Elena.

¿Mi vago recuerdo, bosquejado apenas en los pensamientos de la señora Recamier, se le apareció en las riberas del Tiber y del Anio? Yo había ya pasado a través de aquellas soledades melancólicas, y había dejado una sombra honrada con las lágrimas de los amigos de Julieta. En 1803, cuando murió la hija del señor de Montmorin (señora de Beaumont), madama de Staël y el señor Necker me escribían cartas de pésame, que ya se han leído. De este modo recibía yo en Roma, antes casi de haber conocido a la señora de Recamier, cartas fechadas en Coppet: éste es el primer indicio de una afinidad de destino. La señora Recamier me dijo también que mi carta de 1804 al señor de Fontanes le servía de guía en 1814, y que leía repetidas veces este pasaje:

«Todo el que no tenga lazo ninguno en la vida debe ir a Roma. Encontrará por sociedad una tierra que alimentará sus reflexiones y ocupará su corazón, y paseos que le dirán siempre alguna cosa. La piedra que pisen sus pies le hablará; el polvo que el viento levante de sus pisadas encerrará alguna grandeza humana. Si es desgraciado, si mezcló las cenizas de los que amó a tantas cenizas ilustres, ¿con qué encanto no pasará del sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso!... Si es cristiano, ¡ah! ¿cómo podría entonces separarse de esta tierra que ha visto nacer un segundo imperio más santo en su cuna, más grande en su poder que el que le precedió, de esta tierra en la cual los amigos que hemos perdido, durmiendo con los mártires en las catacumbas a la vista del padre de los fieles, parecen deberse des- pertar los primeros en su polvo y estar más próximos a los cielos?»

En Nápoles, a donde fué por el otoño la señora Recamier, cesaron las ocupa- ciones de la soledad. Apenas descendió en la posada, se le presentaron los mi- nistros del rey Joaquín. Murat, olvidan-

do la mano que había cambiado su látigo en cetro, se hallaba dispuesto a unir- se a la coalición. Bonaparte había plan- tado su espada en medio de Europa, co- locando en torno reinos que distribuía a su familia. Carolina había recibido el de Nápoles. La señora Murat no era un ca- mafeo tan antiguo ni tan elegante como la princesa Borghese; pero tenía más fisonomía y más talento que su herma- na. En la firmeza de su carácter se reco- nocía la sangre del emperador. Si la dia- dema no hubiera sido para ella el adorno de la cabeza de una mujer, todavía habría sido la señal del poder de una reina.

Carolina recibió a la señora Recamier con una solicitud tanto más afectuosa, cuanto que la opresión de la tiranía se hacía sentir hasta en Pórtici. No obstan- te, la ciudad que posee la tumba de Vir- gilio y la cuna del Tasso, esa ciudad en que vivieron Horacio y Tito Livio, Boc- caccio y Sannazaro, en donde nacieron Durante y Cimarosa, había sido embe- llecida por su nuevo señor. Se había res- tablecido el orden, y los *lazzaroni* no ju- gaban ya a los bolos con cabezas para divertir al almirante Nelson y a lady Hamilton. Se habían extendido las excava- ciones de Pompeya, y sobre el Pauslipo serpenteaba un camino, por el que pasé en 1804 para ir a examinar en Litérno el retiro de Escipión. Aquellas monarquías recientes, de una dinastía militar, habían hecho renacer la vida en lugares donde se manifestaba antes la moribunda lan- guidez de una antigua estirpe. Roberto Guiscard, Guillermo *Brazo de Hierro*, Rogerio y Tancredo parecían haber vuel- to, a excepción de la caballería.

La señora Recamier se encontraba en Nápoles por el mes de febrero de 1814. ¿Y yo, dónde estaba? En mi *Vallée- aux-Loups*, principiando la historia de mi vida. Me ocupaba de los juegos de mi infancia al ruido de las pisadas de sol- dados extranjeros. La mujer cuyo nombre debía terminar estas *Memorias* vagaba por las marinas de Bayas. No tenía yo un presentimiento del bien que me ven- dría algún día de aquella tierra, cuando pintaba la seducción partenopea en los *Mártires*:

«Todas las mañanas, cuando la aurora principiaba a aparecer, me iba bajo un pórtico. El sol se elevaba delante de mí, iluminando con sus fuegos más suaves la cadena de montañas de Salerno, el azul del mar, sembrado de las velas blan-

cas de los pescadores, las islas de Caprea, de Ænaria y de Prochyta, el cabo Mise- no y Bayas, con todos sus encantos.

«Las flores y frutos húmedos por el rocío son menos suaves y frescos que el paisaje de Nápoles. Saliendo de las som- bras de la noche, sorprendíame siempre al llegar al pórtico, encontrarme a orillas del mar, porque las olas en aquel punto hacían apenas oír el ligero murmullo de una fuente. Extasiado ante aquel cua- dro, me recostaba sobre una columna, y, sin pensamiento, sin deseo, sin proyec- to, permanecía horas enteras respirando aquel ambiente delicioso. El encanto era tan grande, que me parecía que aquel aire divino transformaba mi propia subs- tancia, y que, con un placer indefinible, me elevaba hacia el firmamento como un espíritu puro... Aguardar o buscar la belle- za, verla adelantarse en una barquilla y sonreírnos en medio de las olas; bogar con ella sobre el mar, cuya superficie sembrábamos de flores; seguir a la en- cantadora al fondo de aquellos bosques de mirto, y a los campos felices en donde Virgilio colocó el Eliseo: tal era la ocu- pación de nuestros días...

«Tal vez haya climas peligrosos para la virtud por su extremada voluptuosidad: ¿y no es eso lo que quiso enseñar una fábula ingeniosa, al referir que Par- tenope fué construída sobre el sepulcro de una sirena? El brillo aterciopelado de la campiña; la suave temperatura de la atmósfera; los contornos redondeados de las montañas; las muelles inflexiones de los ríos y de los valles, constituyen en Nápoles otras tantas seducciones para los sentidos, a los que todo da descanso y nada lastima. Para evitar los ardores del Mediodía nos retirábamos a la parte del palacio construído bajo el mar. Acostados en lechos de marfil, escuchábamos el murmullo de las olas por encima de nues- tras cabezas: si en el interior de aque- llos retiros nos sorprendía alguna tem- pestad, los esclavos encendían lámparas, llenas del nardo más precioso de la Ara- bia. Entonces entraban jóvenes napolita- nas, que llevaban rosas de Pesto en vasos de Nola, y mientras que las olas bramaban por fuera, ellas cantaban, for- mando delante de nosotros danzas pau- sadas, que me recordaban las costum- bres de Grecia: así se realizaban para nosotros las ficciones de los poetas: se hubiera creído ver los juegos de las ne- reidas en la gruta de Neptuno.»

La señora Recamier halló en Ná- poles al conde de Neipperg y al duque de Rohan-Chabot: el uno debía subir al nido del águila, y el otro vestir la púr- pura. Se ha dicho de éste que estaba destinado al color encarnado, después de llevar el vestido de chambelán, el uni- forme de caballería ligera de la guardia, y el traje de cardenal.

El duque de Rohán era muy lindo: hablaba novelescamente, pintaba a la acuarela, y se distinguía por su exquisito esmero en el vestir. Cuando se hizo sa- cerdote, su piadosa cabellera, fuerte en extremo, tenía una elegancia de mártir. Predicaba al obscurecer en oratorios som- bríos, a un auditorio de devotos, procu- rando, con el auxilio de dos o tres velas artísticamente colocadas, iluminar a me- dias tintas, como un cuadro, su pálido semblante.

No se explica a primera vista cómo personas a quienes sus nombres hacían tontas a fuerza de orgullo, se ponían a merced de un *recién llegado*. Reflexio- nando un poco se advierte que aquella aptitud para acomodarse a todo procedía, naturalmente, de sus costumbres: familiarizados con la domesticidad, no les importaba el cambio de librea con tal que el amo estuviese alojado en palacio con la misma divisa. El desprecio de Na- poleón les hacía justicia; este gran sol- dado, abandonado de los suyos, decía con reconocimiento a una elevada seño- ra: «En realidad, no hay más que uste- des que sepan servir.»

La religión y la muerte han pasado la esponja sobre ciertas debilidades, discul- pables, por otra parte, del cardenal de Rohán. Sacerdote cristiano, consumó en Besanzón su sacrificio, socorriendo a los desgraciados; dió de comer a los pobres, vistió a los huérfanos y empleó en buenas obras su vida, cuya carrera abrevia- ba, naturalmente, una salud quebran- tada.

Lector, si te impacientas con estas ci- tas y estos relatos, piensa, en primer lu- gar, que no habrás quizás leído mis obras, y, sobre todo, que ya no te oigo, puesto que estoy durmiendo en la tierra que tú pisas: si te incomoda, hiere esa tierra, que no insultarás más que a mis huesos. Piensa, también, que mis escritos for- man parte esencial de esta existencia, cuyas hojas desdoblo. ¡Ay! ¡Ojalá que mis cuadros napolitanos tengan un fondo de verdad! ¡Ojalá que la hija del Ródano

fuera la mujer verdadera de mis delicias imaginarias! Pero no: si yo fui Agustín, Jerónimo, Eudoro, lo fui solo: mis días sobrepujaron a los días de la amiga de Corina en Italia. ¡Feliz yo si hubiera podido extender mi vida entera bajo sus pasos, como una alfombra de flores! Pero mi vida es escabrosa, y sus asperezas hacen daño. ¡Ojalá que mis horas expirantes puedan reflejar el enternecimiento y el encanto de que ella las ha llenado, sobre aquella que fué amada por todos, y de quien nadie tuvo jamás motivos de queja!

EL REY MURAT. — SUS CARTAS

Murat, rey de Nápoles, nació el 25 de mayo de 1771 en la Bastide, cerca de Cahors, siendo enviado a Tolosa para hacer allí sus estudios. Disgustóse de las letras, se alistó en los cazadores de los Ardennes, desertando, y se refugió en París. Admitido en la guardia constitucional de Luis XVI, obtuvo, después del licenciamiento de esta guardia, una subtenencia en el undécimo regimiento de cazadores de caballería. A la muerte de Robespierre, fué destituido como terrorista: lo mismo sucedió a Bonaparte, y ambos soldados quedaron sin recursos. Murat volvió a rehabilitarse en el 13 de vendimiario, siendo nombrado ayudante de Napoleón, a cuyas órdenes hizo las primeras campañas de Italia; tomó la Valtelina, que reunió a la república cisalpina, y tomó también parte en la expedición de Egipto, distinguiéndose en la batalla de Abukir. De vuelta a Francia con su amo, fué encargado de expulsar el consejo de los Quinientos. Napoleón le dió en matrimonio a su hermana Carolina. Murat mandaba la caballería en la batalla de Marengo. Gobernador de París en tiempo de la muerte del duque de Enghien, lamentó en voz baja un asesinato que no tuvo valor para censurar públicamente.

Cuñado Murat de Bonaparte y mariscal del imperio, entró en Viena en 1805; contribuyó a las victorias de Austerlitz, Jena, Eylau y Friedlan; llegó a ser gran duque de Berg, e invadió España en 1808.

Napoleón le llamó y le dió la corona de Nápoles. Proclamado rey de las Dos Sicilias en 1.º de agosto de 1808, gustó a los napolitanos por su fausto, su traje teatral, sus cabalgatas y sus fiestas.

Llamado en calidad de gran vasallo del imperio a la invasión de Rusia, volvió a aparecer en todos los combates, quedando encargado del mando de la retirada de Smolensk a Vilna. Después de manifestar su descontento, abandonó el ejército y fué a calentarse al sol de Nápoles, como su capitán al hogar de las Tullerías. Aquellos hombres del triunfo no podían acostumbrarse a los reveses. Entonces comenzaron sus alianzas con Austria; volvió a aparecer de nuevo en los campos de Alemania en 1813; marchó a Nápoles después de la batalla de Leipzig, y reanudó sus negociaciones austrobritánicas. Antes de entrar en una alianza completa, escribió Murat al emperador una carta que he oído leer al señor de Mosbourg. En esta carta decía a su cuñado que había encontrado la península muy agitada; que los italianos reclamaban su independencia nacional; que al no concedérsela era de temer se uniesen a la coalición de Europa y aumentasen de ese modo los peligros de Francia: suplicaba a Napoleón que firmara la paz, único medio de conservar un imperio tan poderoso y tan bello; que si Bonaparte rehusaba escucharle, él, abandonado en el extremo de Italia, se vería obligado a dejar su reino o a abrazar los intereses de la libertad italiana. Esta carta, muy sensata, quedó por muchos meses sin respuesta: por lo tanto, Napoleón no pudo echar en cara con justicia a Murat que le hubiese hecho traición.

Obligado Murat a elegir prontamente, firmó, en 11 de enero de 1814, con la corte de Austria, un tratado, obligándose a suministrar a los aliados un ejército de treinta mil hombres. En premio de esta defección se le garantizaba su reino de Nápoles y su derecho de conquista sobre las Marcas pontificias. La señora Murat reveló aquella importante transacción a la señora Recamier. En el momento de declararse Murat abiertamente y con el ánimo muy conmovido, halló a la señora Recamier en el cuarto de Carolina, y le preguntó su parecer acerca del partido que debía tomar, rogándole que tuviera muy en cuenta los intereses del pueblo de que era soberano. La señora Recamier le contestó: «Sois francés, y a los franceses es a quienes debéis permanecer fiel.» Desfigurósele el semblante a Murat, y añadió: «¿Conque soy un traidor? ¿Y qué he de hacer? ¡Ya es demasiado tarde!» Abrió

violentamente una ventana, e indicó con la mano una escuadra inglesa que entraba a todas velas en el puerto.

Puesto en movimiento el ejército de Murat en 16 de febrero de 1814, y obligado el príncipe Eugenio a replegarse sobre el Adigio, Bonaparte, después de obtener triunfos inesperados en Champaña, escribía a su hermana Carolina cartas donde decía: «Vuestro marido es muy valiente en el campo de batalla; pero más débil que una mujer o un monje cuando no ve al enemigo. Carece de valor moral; ha tenido miedo, y no ha titubeado en perder en un momento lo que no puede tener sino por mí y conmigo.»

Una mañana llevó el correo a Nápoles la noticia de la entrada de los rusos en París. La señora Murat estaba acostada todavía, y la señora Recamier, sentada a la cabecera de su cama, estaba hablando con ella, a tiempo que colocaron sobre la cama una porción de cartas y periódicos. Entre éstos estaba mi escrito *De Bonaparte y los Borbones*. La reina exclamó: «¡Ah, una producción del señor de Chateaubriand! La leeremos juntas.» Y continuó abriendo sus cartas.

La señora Recamier cogió el folleto, y, después de ojearlo por encima, lo volvió a poner sobre la cama, diciendo: «Señora, lo leeréis vos sola: tengo que volver a casa.»

Napoleón fué relegado a la isla de Elba: la Alianza, con una gran habilidad, lo había colocado sobre las costas de Italia. Murat supo que se trataba en el congreso de Viena de despojarle de los Estados que tan caros había comprado, y se puso entonces en inteligencia secretamente con su cuñado, que había llegado a ser vecino suyo.

Cuando la paz de París, formaba Murat parte de la Alianza. Habiendo sido devuelto a Austria el Milanésado, se retiraron los napolitanos a las legaciones romanas. Cuando Napoleón, desembarcando en Cannes, entró en Lyon, Murat, perplejo y con intereses distintos, salió de las legaciones, marchando con cuarenta mil hombres hacia la alta Italia, para practicar una conversión en favor de Bonaparte, y rehusó en Parma las condiciones que los austriacos, asustados, le ofrecían todavía. Para todo hombre hay un instante crítico, que, bien o mal aprovechado, decide de su porvenir. El barón de Firmont rechaza las tropas

de Murat, toma la ofensiva, persiguiéndolas hasta Macerata. Los napolitanos se desmandaron, y su general-rey volvió a Nápoles acompañado de cuatro lanceros. Se presentó a su esposa, y le dijo: «Señora, no he podido morir.» Al día siguiente le condujo un barco hacia la isla de Ischia; encontrando en el mar una embarcación en que iban algunos oficiales de su estado mayor, se dirige con ellos hacia Francia.

Habiéndose quedado sola la señora de Murat, mostró una presencia de espíritu admirable. Los austriacos estaban a punto de presentarse, y en la transición de una autoridad a otra podía sobrevenir un intervalo preñado de desórdenes. La regente no precipitó su retirada sino que dejó a los soldados alemanes ocupar la ciudad, y por la noche hizo iluminar sus galerías. El pueblo, distinguiendo las luces desde fuera, cree que la reina está allí aún, y permanece tranquilo. Pero Carolina había salido por una puerta secreta, y se había embarcado. Sentada en la popa del buque, veía el resplandor del palacio desierto de que se alejaba, imagen del brillante ensueño que había tenido mientras dormía en la región de las hadas.

Carolina halló la fragata que conducía a bordo a Fernando. El buque de la reina fugitiva hizo el saludo: el buque del rey llamado no respondió; la prosperidad no reconoce a su hermana la adversidad.

Murat terminaba en otra parte su carrera. El 25 de mayo de 1815, a las diez de la noche, abordó al golfo Juan, adonde había llegado su cuñado. La fortuna hacía representar a Joaquín la parodia de Napoleón. Este no creía en la fuerza de la desgracia y en el auxilio que presta a las almas grandes: prohibió al rey destronado la entrada en París; puso en la zaretó a aquel hombre atacado de la peste de los vencidos, relegándolo a una casa de campo llamada *Plaisance*, cerca de Tolón. Mejor habría hecho en temer menos un contagio de que él mismo había sido atacado. ¿Quién sabe lo que un soldado como Murat habría podido hacer en la batalla de Waterloo?

El rey de Nápoles, en medio de su pesar, escribía a Fouché en 19 de junio de 1815:

«Responderé a los que me acusan de haber empujado las hostilidades demasiado pronto, que fueron rotas a petición formal del emperador, y que hace tres

meses no ha cesado de darme seguridades acerca de sus sentimientos acreditando ministros cerca de mi persona, escribiéndome que contaba conmigo y que no me abandonaría nunca. Sólo cuando se ha visto que acababa de perder con el trono los medios de continuar el poderoso movimiento militar que duraba hace tres meses, se ha pretendido extraviar la opinión pública, insinuando que he obrado por mi propia cuenta, y no de acuerdo con el emperador.»

Hubo en el mundo una mujer generosa y bella: cuando ésta llegó a París, fué recibida por la señora Recamier, quien no la abandonó en los tiempos de desgracia. Entre los papeles que dejó se han encontrado dos cartas de Murat del mes de junio de 1815, que son útiles para la historia.

«6 de junio de 1815.

«He perdido por Francia la más bella existencia: he peleado por el emperador, y por su causa se encuentran cautivos mis hijos y mi mujer. La patria está en peligro, y ofrezco mis servicios, pero aplazan el aceptarlos. Ignoro si estoy libre o prisionero. Debo quedar envuelto en la ruina del emperador si éste sucumbe, y se me quitan los medios de servirle y de servir a mi propia causa. Pido las razones; me contestan obscuramente, y no puedo hacerme juez de mi posición. Ni puedo ir a París, en donde mi presencia agravaría a Bonaparte, ni tampoco ir al ejército, en donde mi presencia llamaría demasiado la atención del soldado. ¿Qué he de hacer? Esperar: eso es lo que me contestan. Por otra parte, me dicen que no me perdonan haber abandonado al emperador el año último, al paso que, cartas de París decían, cuando combatía recientemente por Francia: *Todo el mundo está aquí contento del rey.* El emperador me escribía: *Cuento con vos; contad conmigo; nunca os abandonaré.* El rey José me escribía: *El emperador me ordena escribiros que marchéis inmediatamente a los Alpes.* Y cuando al llegar le manifiesto sentimientos generosos y le ofrezco combatir por Francia, soy enviado a los Alpes. Ni una palabra de consuelo se envió siquiera al que nunca cometió con él otra falta que la de haber contado demasiado con sentimientos generosos, sentimientos que nunca tuvo para conmigo.

«Amiga mía, le suplico que me haga conocer la opinión de Francia y del ejército con respecto a mí. Es preciso saber soportarlo todo, y mi valor me hará superior a todas las desgracias. Todo se ha perdido menos el honor; perdí el trono, pero he conservado toda mi gloria; me vi abandonado por mis soldados, que salieron vencedores en todos los combates; pero yo nunca fuí vencido. La deserción de veinte mil hombres me puso a merced del enemigo; un barco de pescadores me salvó del cautiverio, y un buque mercante me puso en tres días en las costas de Francia.»

«Tolón, 18 de junio de 1815.

«Acabo de recibir su carta. Me es imposible pintarle las diferentes sensaciones que me ha hecho experimentar. He podido por un momento olvidar mis desgracias. Nada me ocupa sino mi amiga, cuya alma noble y generosa acaba de consolarme y demostrarme su dolor. Esté tranquila; todo se ha perdido, pero queda el honor; mi gloria sobrevivirá a todas mis desgracias, y mi valor sabrá hacerme superior a todos los rigores de mi destino; nada tema por este lado. He perdido trono y familia sin conmovirme; pero la ingratitud me ha indignado. He perdido todo por Francia, por su emperador, por orden de éste, y ahora se considera un crimen el que lo haya hecho. Me niega el permiso de combatir y de vengarme, y no soy libre en la elección de mi retiro. ¿Concibe usted toda mi desgracia? ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? Soy francés y padre: como francés, debo servir a mi patria; como padre, debo ir a compartir la suerte de mis hijos; el honor me impone el deber de combatir; la suerte y la naturaleza me dicen que debo ser de mis hijos. ¿A quién he de obedecer? ¿No podré satisfacer a ambos? ¿Me será permitido escuchar al uno o al otro? Ya el emperador me rehúsa las armas; y Austria, ¿me concederá los medios de ir a reunirme con mis hijos? ¿Se los irá a pedir yo, que nunca he querido tratar con sus ministros? Esta es mi situación: déme consejos. Aguardaré su respuesta, la del duque de Otranto y la de Luciano, antes de tomar una determinación. Consulte bien la opinión acerca de lo que se cree que me conviene hacer, porque no soy libre en la elección de mi retiro: se echa la vista sobre lo pasado, y se me imputa como un crimen

el haber perdido, por orden, mi trono, cuando mi familia gime en el cautiverio. Aconséjeme: escuche la voz del honor, la de la naturaleza, y como juez imparcial tenga el valor de contestarme lo que he de hacer. Aguardaré su respuesta en el camino de Marsella a Lyon.»

Dejando aparte las vanidades personales y esas ilusiones que provienen del trono, aun cuando sea de un trono en donde no se haya sentado uno sino un instante, estas cartas nos demuestran la idea que Murat tenía formada de su cuñado.

Bonaparte pierde segunda vez el imperio; Murat, sin asilo, recorre aquellas mismas playas que vieron vagar a la duquesa de Berry. El 22 de agosto de 1815 unos contrabandistas consienten en pasar a él y a otros tres a la isla de Córcega. Se levanta una tempestad, y le recibe a su bordo la barquilla que hacía el servicio entre Bastia y Tolón. Apenas deja su nave, se abre ésta, y llegando a Bastia el 25 de agosto, corre a ocultarse en la aldea de Vescovato, en casa del viejo Colonna-Ceccaldi. Se le reunieron doscientos oficiales con el general Franceschetti, y marcha sobre Ajaccio: la ciudad materna de Bonaparte era la única que se mantenía en favor de su hijo: de todo su imperio no le quedaba a Napoleón más que su cuna. La guarnición de la ciudadela saluda a Murat, y quiere proclamarle rey de Córcega: se niega a ello, no encontrando igual a su grandeza más que el cetro de las Dos Sicilias. Su ayudante, Macirone, le lleva de París la decisión de Austria, en virtud de la cual debe dejar el título de rey y retirarse a su voluntad a Bohemia o a Moldavia. «Es demasiado tarde — contestó Joaquín —, querido Macirone, la suerte está ya echada.» El 28 de septiembre se hace Murat a la vela hacia Italia: siete buques iban cargados con sus doscientos cincuenta servidores: habla despreciado convertir en reino la estrecha patria del hombre inmenso, y lleno de esperanza, seducido por el ejemplo de una fortuna superior a la suya, marchaba de aquella isla, de donde había salido Napoleón para tomar posesión del mundo. No son los mismos lugares, sino los genios semejantes, los que producen los mismos destinos.

Una tempestad dispersó la flota y Murat fué arrojado el 8 de octubre en el golfo de Santa Eufemia, casi en el momento

en que Napoleón llegaba a la roca de Santa Elena.

De sus siete embarcaciones no le quedaban más que dos, incluso la suya. Desembarca con unos treinta hombres, y trata de sublevar las poblaciones de la costa: los habitantes hacen fuego contra ellos. Las dos embarcaciones se internan en el mar: Murat estaba vendido. Corre a un barco encallado: trata de hacerle servir, y el barco permanece inmóvil. Cerrado Murat y preso entre los ultrajes del mismo pueblo, que hace poco se entusiasmaba gritando: «¡viva el rey Joaquín!», fué conducido al castillo de Pizzo. Les ocuparon proclamas insensatas que demostraban los sueños en que se mecían los hombres hasta su último instante.

Tranquilo Murat en su prisión, decía: «No guardaré para mí sino el reino de Nápoles; mi primo Fernando conservará la segunda Sicilia.» En aquellos momentos una comisión militar condenaba a Murat a muerte. Cuando supo su sentencia, le abandonó su firmeza por algunos instantes; derramó lágrimas, y exclamó: «¡Yo soy Joaquín, rey de las Dos Sicilias!» Había olvidado que Luis XVI fué rey de Francia, el duque de Enghien nieto del gran Condé, y Napoleón árbitro de Europa: la muerte en nada tiene lo que hemos sido.

Un sacerdote, es siempre un sacerdote, hágase y dígase lo que se quiera, y devuelve a un corazón intrépido la fuerza que ha perdido. El 13 de octubre de 1815, después de haber escrito Murat a su mujer, fué conducido a una sala del castillo de Pizzo, renovando en su novelasca persona las brillantes o trágicas aventuras de la Edad Media. Doce soldados, que quizá habían servido a sus órdenes, le aguardaban formados en dos filas. Murat ve cargar las armas, rehúsa dejarse vendar los ojos, y como capitán experimentado elige por sí mismo el sitio donde las balas pueden alcanzarle mejor.

Después que le apuntaron, y en el momento de ir a hacer fuego, dijo: «Soldados, salvad el rostro; apuntad al corazón.» Y cayó, estrechando en sus manos los retratos de su mujer y de sus hijos: aquellos retratos adornaban antes el puño de su espada. Esto no era sino un asunto más que el valiente acababa de zanjar con la vida.

Los diferentes géneros de muerte de Bonaparte y de Murat conservan los caracteres de su existencia.